

CRÓNICA DE LIBROS

Por Carlos Real de Azúa

Marcha N° 809, Montevideo, 20 de abril de 1956, p. 21, 22 y 23.

El Último de los Viajeros Ingleses

T.WOODBINE HINCHLIFF: **Viaje al Plata en 1861.** – Traducción y notas de José Luis Busaniche. Prólogo de Rafael Alberto Arrieta. – Hachette, Buenos Aires, 1955. 272 págs.

En 1861, un viajero inglés, T. Woodbine Hinchliff llegó a Buenos Aires con propósitos no bien definidos. Por lo que su libro nos dice en ellos parecían mezclarse ciertos vagos proyectos comerciales y agropecuarios –la cría de ovejas– con otros de carácter científico: explorar la Pampa, la Cordillera de los Andes, llegar a Chile. Su presunta condición de universitario, su calidad de miembro de la Royal Geographic Society tendía a convertir estos proyectos, más que en verosímiles, en ineludibles. El mundo estaba lleno de espacios vacíos y de otros muy mal conocidos; una investidura, como la que Hinchliff portaba, imponía deberes no siempre livianos. El haber publicado un libro sobre los Alpes (uno de los pocos datos que tenemos de su vida anterior) hace nacer la sospecha de que haya intentado una especie de morfología universal de cordilleras, ambicioso plan que quedó, seguramente, en su primer tramo. Porque Hinchliff no llegó nunca a los Andes ni a Chile (el tiempo y las montoneras fueron las razones) y se quedó en Buenos Aires, el litoral y el Uruguay por todo el término de su viaje. En estos parajes Hinchliff no hizo negocios ni enriqueció mucho el acervo geográfico pero, en cambio, dió rienda a una apetencia mucho más directa y próxima de moverse y de cansarse, de mirar y de juzgar, de vivir y experimentar. No sabemos su edad, pero todos los indicios lo señalan como rotundamente joven; el interludio rioplatense debe haber sido un jalón muy hermoso en su vida.

Al llegar a Buenos Aires, se encontró Hinchliff con una ciudad que se preparaba a resistir el asedio de Urquiza, ya inminente. Los porteños se armaban bajo la dirección de Mitre pero lo hacían –y esto es lo primero que Hinchliff ve– a “la manera sudamericana”: con apuro, con fiebre, y sobre todo con caos. En ancas, sin embargo, de una superioridad precaria, Buenos Aires sería capaz de hablar fuerte en Pavón cerrando, en su beneficio, todo un revuelto período argentino. Pero siente también el inglés que está viviendo en un país sometido a cambios sociales y económicos mucho más profundos. Como en el Montevideo del Sitio, negocios, tierra y riqueza están pasando a manos de los extranjeros y **hay cientos de casas de comercio, propiedad de alemanes, franceses, italianos y españoles que proveen de todo lo necesario y de la mayor parte de los lujos y regalos de la vida europea. (...) Un inglés, especialmente, puede estar seguro de encontrar compatriotas en todas las calles principales. Además, muchos de ellos poseen, con buenos títulos, cientos de miles de acres del mismo suelo con enormes cantidades de ovejas, vacas y caballos, y galopan, como señores indiscutidos, en posesiones iguales por su extensión a muchos distritos territoriales de Inglaterra... Buena parte de los campos están cerrados con alambrados, innovación moderna esta última que debe resultar muy incómoda para los gauchos auténticos, acostumbrados desde tiempo inmemorial a galopar en todas direcciones y tan lejos como les viene en gana...**

Está comenzando el decisivo trance de la modernización ganadera y **los estancieros, en ambas orillas del Río de la Plata, hacen grandes esfuerzos para mejorar sus majadas y, encontrándose yo en el país, uno de mis amigos pagó doscientas libras por un carnero padre europeo, elegido.** En Buenos Aires, el enorme elemento extranjero empieza a sentir irrespirables los viejos cuadros urbanos y se expande por los alrededores en un impulso que, sólo después, los argentinos seguirán. También pasa Hinchliff breves días en Montevideo, donde visita la quinta de Buschental y la encuentra superior a todas sus expectativas (se le había hablado mucho de ella). En otra ocasión remonta el Uruguay y toca en Paysandú (cuatro años antes de su martirio) para pasar una temporada larga en una estancia inglesa, setenta kilómetros más al norte, en el límite del arroyo Malo. Hay un aspecto de la vanidad uruguaya que podría satisfacerse con las frecuentes comparaciones de Hinchliff entre ambas márgenes del Plata. No sólo prefiere, en el litoral, la costa uruguaya; no sólo le encanta nuestra ciudad sino que hasta los setos, tan del gusto inglés, le parecen en Montevideo **más bonitos y desarrollados** que al otro lado del río.

En el Uruguay, en la Provincia de Buenos Aires, en Entre Ríos, en Santa Fe, Hinchliff tiene oportunidad de visitar y vivir en numerosas estancias compatriotas. Como en los días de William Mac Cann (1847) y su viaje a caballo parece que en 1861 podía viajar de un extremo a otro cruzando estancias de ingleses. Si estos viajeros no nos dijeran otra cosa, ya nos dirían con esto algo muy importante. Como Mac Cann, Hinchliff encuentra ingleses, escoceses y galeses con una frecuencia casi insular. Su Mr. Fair y su Mr. Black, su Mr. Anderson y su Mr. Robson aparecen en el libro en forma bastante más tangible que la de meros dispensadores de hospitalidad. Eran hombres que habían llegado a este costado del mundo, tan frecuentemente inhóspito para el extranjero, tan inestable para todos, y se habían aferrado al suelo con uñas, dientes y corazón. Debían latir en ellos esas viejas energías imperiales que todavía, por muy desbastado que estuviera, eran como un carismas de todo inglés. Parece una estirpe dura la de aquellos victorianos. Mr. Anderson, por ejemplo **era uno de esos hombres de corazón esforzado que confían en su propio ánimo e independencia para salir triunfantes y que sobrepasan con éxito todos los obstáculos. Él había hecho su viaje para criar ovejas y de ahí que empezara por invertir su capital en una majada y en un pedazo de campo para cuidarlas. Eso era cuanto necesitaba para empezar; lo demás vendría a su debido tiempo. Su única compañía, era la de un peón de muy poco agradable apariencia, pero fiel a toda prueba que, habiéndose distinguido en frecuentes peleas por haber dado muerte a sus adversarios, ahora tenía resuelto consagrar sus energías y su capacidad al servicio de su gallardo patroncito. Empezaron a dormir a campo abierto sobre sus recados, envueltos en sus ponchos; pero en pocos días, con unas estacas y mazos de paja prepararon una choza cuyo mobiliario consistía en poco más de lo que se estima suficiente en las pampas: una cabeza de vaca para silla y un mezuquino cuerno de buey...**

Pero debajo aun de esta clase, se movía una casta anglosajona residual de modesta inmigración. Estaba formada por puesteros, amas de llaves, marineros y hasta peones. Estamos habituados a ver a los ingleses (o a los escoceses) como patrones, gerentes o, por lo menos, fonetistas o empleados de ferrocarril. Las cosas, a estar al testimonio de Hinchliff, alguna vez fueron diferentes y las clases bajas pauperizadas de las islas, durante la Revolución industrial echaron al mundo (y no sólo a los Estados Unidos) un

contingente bastante menos brillante. Muchos de estos personajes eran seres extraños, que parecían anunciar premonitoriamente **Los desterrados** de Horacio Quiroga (1926). Hopkins, por ejemplo, **un hombre de muy mala reputación. Este tal era un yanqui muy mal mirado en todas esas inmediaciones y que había sido despedido por sus patrones, pero andaba rondando a la pesca de nuevas ocupaciones e importunando...** U Old Bob, el peón “cockney”, **bastante recio y de edad madura. Mostrábase muy sucio** (cuando Hinchliff le conoció) **y daba la impresión de haber estado trabajando en alguna carneada. Largos cabellos grises y una larga barba colgante encuadraban un rostro muy curtido por el sol y caracterizado por una expresión desaprensiva (...)** me vi sorprendido al comprobar que se trataba efectivamente de un inglés. “Me he criado en Smithfield, me dijo, aunque usted podrá no creerlo, quizás...” (...) Old Bob había sido en Londres un gran pícaro en sus mocedades y tuvo la suerte de poder irse a Buenos Aires, unos treinta años atrás. Sus gustos de Smithfield le habilitaron acomodarse bien entre los gauchos. Trabajó (...) mucho tiempo en el campo, pero era muy bebedor y su patrón lo despidió. Aunque Old Bob había estado treinta años entre los gauchos y montaba como ellos y vestía como ellos y como ellos vivía, y muy contento de vivir así hasta su muerte, sin embargo advertí que nada le causaba mayor placer que hablar de su vida de Londres y de los lugares que había frecuentado (...) Se las componía para dar siempre una respuesta chistosa, y de haberle llevado el destino a la Cámara de los Comunes, hubiera sobresalido como maestro en el arte de la réplica...

VER Y JUZGAR

Todo este mundo lo mira y lo juzga Hinchliff. En él, como en todos sus trashumantes compatriotas, los Viajeros Ingleses, se ayuntan los dos haceres con toda naturalidad. Cierta seguridad innata de juicio está precedida por una límpida visión, una capacidad de ver con entusiasmo, con nitidez y simpatía. Con esos dones, hombres que no eran escritores (y que les hubiera horrorizado el serlo cabalmente) supieron llegar –y lo supo Hinchliff– a una sabrosa carnalidad de imágenes, a una gracia informal pero inocultable. Por lo que al juicio toca, era desde firmes patrones religiosos, políticos, sociales y morales que los Viajeros Ingleses creían poder opinar sobre el mundo de sus huéspedes: sociedad, trabajos, guerras, creencias y modos de vivir.

Inglaterra (o Escocia) que los ha formado y educado les ha dado verdaderas vigencias espirituales. Y con ellas, y esa imperturbable seguridad un poco cómica que eso agrega a sus siluetas, se han echado a andar por el universo, utilitarios y quijotescos al mismo tiempo. En el hombre contemporáneo, la disolución amiboidal de la estructura íntima parece acompañarse y hasta reclamar un preestablecido trámite de existencia y hasta de movimientos: ¿qué es sino “el turismo”? A estos Viajeros –como a cierto excelso, remoto y más ejemplar congénere que se llamaba Don Quijote– la reciedumbre del cuadro interior es lo que aparentemente hace posible una actitud tan receptiva a culturas extrañas y esa capacidad de aventura y de empresas. La disparada energía personal, nutrida en hondos hontanares de fe, es la que en ellos –y en aquel– parece hacer del mundo una incitante página en blanco, un itinerario abierto a todas las sorpresas duras o deleitosas de la vida.

Pero es la realidad que la mirada apresa el prólogo, siempre, del juicio. La que Hinchliff contempla llega a nosotros a través de una expresión capaz de dar en un solo trazo lo distinto de cada ser, de construir con economía, de servir con palabra sin literatura, el ritmo de los actos de la vida. A veces es una enumeración, apenas, la que consigue una misteriosa eficacia: **Don Martín manejaba el coche que iba delante, con el paraguayo, cuyo equipaje consistía en un enorme baúl y en un papagayo gris.** A veces el juego de las analogías es el que le hace ver las avestruces y su **gracia singular cuando despliegan sus largas plumas colgantes y se abren camino entre los pastizales, con la apariencia –mirados a cierta distancia– de un revuelo de encajes y miriñaques.** El pasaje sobre el vuelco del coche en el vado (p. 227-228) tiene una animación y un nervio que las mejores páginas de nuestra vieja narrativa conocen raramente.

También tenía Hinchliff una sensibilidad muy viva para lo desagradable y sabía advertir rasgos extrañamente repulsivos. No nos referimos, claro está, al disgusto que le inspiran los mataderos de los alrededores de Buenos Aires, (“un trozo de bravura” desde los tiempos de Echeverría). Hablando de perros, en cambio, señala que hay en Buenos Aires **unos pequeños, de colores azulencos, pelados y de mal aspecto, que parecen chanchitos mamones en estado parcial de putrefacción y que son utilizados por las mujeres de la clase baja para calentarse los pies en la cama...**

En ocasiones, el lector actual y rioplatense reconoce en la realidad de Hinchliff una materia que tuvo después expresiones más ilustres. ¿Cómo no pensar en los Fierros que balbuceaban en nuestro mundo cuando Hinchliff advierte a sus compatriotas sobre el epílogo belicoso de las borracheras o recuerda **que resultaba muy común oír hablar de personas que habían sido dejadas en el suelo, muertas o medio muertas por la simple razón de ser “gringos”, vale decir, extranjeros.** Las facilidades que hay para escapar en una comarca primitiva y sin límites, permiten sin duda la comisión de crímenes... En la costa del Uruguay cuenta que **siguiendo las abras, pudimos adelantar con bastante seguridad. Algunos árboles eran de gran tamaño, otros me parecieron de madera frágil y quebradiza porque había número increíble de esos troncos parecidos a seres fantásticos con miembros endemoniados sueltos y extendidos, de los que proporcionan la mejor materia para una pesadilla.** Veinticinco años después, Zorrilla de San Martín, haría vivir a Tabaré, en el mismísimo marco litoral, la experiencia tremenda de una naturaleza que lo rechaza (Libro III – Canto I, parte III). Aunque la coincidencia parezca curiosa y hasta misteriosa, en Zorrilla, poeta, el proceso ya no es prosaica (y posible) pesadilla sino romántico (y elaborado) delirio.

UN PROGRAMA POLÍTICO

La facultad de mirar se acompasa en Hinchliff a la facultad de juzgar. Y de juzgar, naturalmente, desde su perspectiva de extranjero, de inglés. El destino de sus connacionales le preocupa. Si no en él, que no se quedara, no deja de pensar nunca en los muchos que estas tierras vacías esperan. Piensa, sobre todo, en un régimen político, social y religioso que les hará cómoda y fructífera su vida entre nosotros, o que la hará, por el contrario, ofendida y estéril.

Nota, con satisfacción, los avances de la libertad religiosa, elogia la creciente tolerancia que en la Argentina postrosista encuentran las iglesias protestantes y el desarrollo de sus cultos. La nota anticatólica y sobre todo anticlerical no falta en casi ninguno de los Viajeros Ingleses: en Hinchliff no tiene la virulencia de algunos visitantes que fueron testigos, en tiempos de Rivadavia, de la disolución de las órdenes. Advierte, sin embargo, que **un rasgo muy satisfactorio de la vida en Buenos Aires es la completa libertad religiosa imperante**, anota que **el clero no ejerce la más mínima influencia sobre aquellos que se alejan voluntariamente del rebaño**, y que **pocos países hay, probablemente, en el mundo, donde la Iglesia tenga tan poca oportunidad de intervenir en los negocios del Estado**. Un sesgo más específicamente protestante dicta comprobaciones como ésta: **no hay procesiones religiosas en las calles y hasta es raro ver un religioso en público**. Una devoción de tal naturaleza parece relegada al bello sexo. O ésta: **En algunos días de gran fiesta, la Iglesia y el Estado combinan sus pompas y vanidades para impresionar las mentes de las multitudes con procesiones y genuflexiones, pero el entusiasmo de la “entente cordiale” dura poco**. Dura lo bastante, de cualquier manera, como para que Hinchliff observe que, durante los días difíciles de la amenaza de Urquiza, el liberalísimo redactor de *La Tribuna*, **saliéndose de su línea habitual, había exhortado a todos los buenos patriotas a que fueran a la iglesia y escucharan con atención al obispo y había declarado a Urquiza reo de sacrilegio en adición a todos sus otros crímenes...** Héctor Varela no fué el primero ni sería el último.

No era sólo, sin embargo, la libertad religiosa, lo que el elemento humano, que estos viajeros representaban, se contentaba con reclamar. Pedían un orden colectivo que tutelara el trabajo y la propiedad o, para mejor decirlo, el trabajo de la propiedad, la empresa, ya que ni eran rentistas estas gentes ni disponían sólo del capital de sus manos. Hinchliff tenía un sistema claro de adhesiones y de repudios; desdeñaba a los **teorizantes** y a los **radicales**, a los **mandones** y a los **inquietos**; pedía la congregación de los pacíficos, de los trabajadores. No se muerde la lengua Hinchliff en estas materias: **No debe ser olvidado que la unión efectiva de los representantes de la propiedad del país, en su conjunto, sería una gran ventaja de seguridad para la conservación de la propiedad y el mayor freno contra la anarquía y los disturbios**. En quienes piensa Hinchliff es en **los hombres prudentes, los comerciantes ricos, la gente pensante, todos aquellos cuyas opiniones pueden ser consideradas como de mayor peso...**

Por entonces, son “los otros” los que dominan, los que dan el tono, los que detienen el aluvión civilizado. Mientras la realidad no se modifique, seguirán las quejas y los reproches, y el extranjero preferirá seguir como huésped de la nación que ha elegido, y rechazar la ciudadanía, amparándose, como antes, a la sombra de banderas, barcos de guerra y consulados. Hinchliff intuye, sin embargo, el proceso sudamericano inevitable. Su módica imaginación vuela en algún momento en un borroso **Canto a la Argentina**. Fácil es advertir en la profecía aquello que sigue los artículos del programa de los vencedores de Caseros; fácil señalar, a casi un siglo de distancia, la mescolanza de cosas, buenas, evitables o terribles, de lo que todavía era un naciente impulso: **Mis pensamientos volaron desde el pasado hacia el futuro. Fácil me fué prever que el rápido crecimiento de la humanidad con sus necesidades siempre en aumento, el espíritu de progreso, los ferrocarriles, un mejor gobierno y el desarrollo del sentido común, habrán de combinarse pronto para dar a estas regiones maravillosas mayor**

cantidad de población que la que han podido tener hasta hoy (...) Otras cosas vendrán a su debido tiempo. Las comunicaciones ferroviarias, sobre todo, ejercerán su influencia centralizadora en un país cuya mayor desgracia está en haberse constituido en confederación.

En los campos del Uruguay tiene un momento de emoción casi religiosa, en la que el sentido exaltado del esfuerzo del hombre y de la expansión nacional toca notas muy similares a las de la famosa meditación de Richard Lamb sobre el cerro de Montevideo en **La Tierra Purpúrea: Aquel pequeño grupo de ingleses se mostraba en silencio sobre una vasta extensión de tierra capaz de producir todo lo necesario: era una región muy vasta que, después de explorada en un principio por el maravilloso coraje y empuje de los españoles, había, desde entonces, por la necesidad de los descendientes, atravesado por un largo período de depresión e insignificancia y ahora estaba destinada a ser hogar feliz de millares de personas que forman exceso de población en Europa.**

Iluminado contra este futuro, el desgredado presente parece transitorio y menor: La parte peor de todo esto, es que el país, en general, gana la inmerecida fama de turbulencia y ferocidad. Todo el mal proviene de unos pocos hombres violentos de un bando, y de unos pocos hombres inteligentes, pero inescrupulosos e intrigantes del otro. Con bastante frecuencia he oído decir que la eliminación de veinte o treinta de estos espíritus inquietos, aseguraría la tranquilidad de la República. En la lógica de estas eliminaciones, dos años después, Sarmiento pensaría que Juan Ángel Peñaloza (a) “El Chacho” era uno de esos prescindibles **violentos** y lo mandaría degollar, “sin economizar sangre de gauchos”, en un acto que no es la única mancha de su vida. Hinchliff no era tan unilateral y su análisis, más próximo al de Echeverría y el **Dogma** que a las explosiones civilizadas del sanjuanino, señala la acción de **los inescrupulosos e intrigantes** que usaban levita y leían a Víctor Hugo. Su planteo de la oposición entre “caudillos” y “doctores” es de inusual fineza entre todos los hombres de su época y merece, sin duda, repensarse: **Si (los) hombres dirigentes (de Buenos Aires) hubieran limitado su atención a desarrollar sus recursos y a abrir nuevas comunicaciones entre este núcleo y todas las distantes provincias, las artes de la paz y de la civilización pronto se hubieran difundido a todo lo ancho y a lo largo del país y se hubiera aumentado enormemente la riqueza por todas partes. Pero el espíritu inquieto de estos intrigantes “doctores” no se conforma con dejar trabajar, a su manera a la naturaleza, imaginan o pretenden creer, que tienen la misión sagrada de redimir a las provincias de la barbarie y viven enzarzados en continuas intrigas para llegar a la humillación y derrota de “los caudillos”, término este último que corresponde al de los militares “tories”, el gran espantajo de los fervidos radicales del mundo entero. Muchos de estos caudillos son, sin duda, hombres rústicos y violentos, y con el sangriento recuerdo de un hombre como Rosas, los argentinos liberales pueden ser excusados por la animosidad demostrada contra todo sistema de gobierno que puede permitir la tiranía de semi bárbaros jefes militares; pero, por desgracia, las tácticas de los liberales han dado muy a menudo apariencias de justificación a las crueldades ejercidas por hombres mucho más ignorantes que ellos.**

Todos los juicios parciales del inglés son coherentes con su enfoque total y delinean un programa político cuya importancia vale la pena subrayar. Este programa es un

programa “conservador”, pero conservador a la europea y sobre todo “conservador” a la británica. Asentado sobre los grandes dogmas de nuestra edad aluvial: progreso económico, europeización, inmigración y comunicaciones, presenta notas que lo distinguen de la realización oligárquica y lo configuran como una vía histórica no transitada literalmente en Hispanoamérica. Sólo Chile –y parcialmente– lo ensayó; sólo algunos portavoces de las clases ganaderas lo reformularon en el siglo XX, ya tardíamente y en otro marco social, todo con un carácter defensivo y seguramente reaccionario que no tenía en el calor progresista de los sesenta. (Reyles e Irureta Goyena lo hicieron, por ejemplo, entre nosotros). Ese programa, en 1860, importaba una viva simpatía a nuestras estructuras y modo de vida tradicionales (en todo cuando no estorbaran al “progreso”). Hacía justicia a las formas sociales del caudillismo. Sentía una viva admiración –no una nostalgia estética– por el hombre nativo. Pero lo que más apasionadamente hacía era erguirse ante ese divorcio de la doctrina y el hecho, del paramento y la sustancia que (desde las Instrucciones del año XIII y aún desde las leyes de Indias hasta el C. de Precios y el Estatuto del Funcionario), parece el rasgo proteico e inabandonable de nuestra historia hispanoamericana. Hinchliff frecuentemente señala con ironía los colapsos de la libertad entre las teorías de la libertad, las retóricas de la libertad, y la realidad republicano-despótica de nuestra sociedad tradicional. **Lo cierto es que quien desee ver en triunfo a la tiranía y los derechos individuales hollados por gobernantes irresponsables no tiene más que dar la espalda a las gastadas monarquías de la pobre vieja Europa y hacer una visita a las repúblicas del mundo occidental...** De cualquier manera **hay razones para creer que harán a un lado esa mala costumbre de perjudicar a su país con mezquinas intrigas y fraudes políticos y con charlatanerías sobre su sagrada misión de establecer la universal libertad cuando están malgastando la propia sustancia de la libertad.**

En 1861 la crítica de Hinchliff tenía mucha tela que cortar: los políticos profesionales, la agresividad salvaje de la discusión política, la falta de una opinión pública, las pésimas designaciones y los trapisondeos gubernativos con la moneda (hablaba por su boca el difunto y famoso horror a la inconvertibilidad).

De los dos grandes contendientes, conoció a uno Hinchliff y sólo oyó hablar del otro. Urquiza está juzgado a través de la hostilidad de Buenos Aires, registrándose en el libro la versión de que antes de Pavón no pagó durante muchos meses a su ejército para espolearlo, por vía de compensación, al saqueo de la capital porteña. A su paso por Entre Ríos informa Hinchliff, entre respetuoso e irónico, sobre el inmenso dominio económico: estancias, saladeros, caminos y muelles que había conseguido redondear –al fin y al cabo tampoco en esto ni el primero ni el último en la Argentina– el famoso vencedor de Caseros. Mitre, en cambio, está visto con respeto y simpatía, tanto en un baile en el Club del Progreso, como en la carpa del general en jefe al día siguiente de Pavón: **linda frente y rostro meditabundo (...) poeta y hombre erudito (...) en todo demasiado fino y caballeresco para habérselas con los sucios procederes de los políticos de segunda categoría...** Entre los dos momentos no le ahorra, sin embargo, alguna crítica.

Carlos Real de Azúa